Santa Catalina de Siena

ESCRITOS ESCOGIDOS

Serie
Grandes Maestros
N.º 18

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Con licencia eclesiástica
ISBN:84-7693-202-2
Depósito Legal: B-23514-1992
Printed in Spain

APSSA

ROCA UMBERT, 26

L'HOSPITALET

INTRODUCCION

Santa Catalina de Siena (1347-1380). – La doctrina mística de Santa Catalina de Siena representa uno de los hitos más importantes en la historia de la espiritualidad cristiana de todos los tiempos. Ella y nuestra incomparable Santa Teresa de Jesús son las dos únicas mujeres que han sido declaradas oficialmente *doctoras de la Iglesia* con todo merecimiento.

a) NOTA BIOGRÁFICA. – Santa Catalina nació en el barrio de Fontebranda, de la ciudad de Siena, el 25 de marzo de 1347. Fueron sus padres Jacopo de Benincasa, tintorero de pieles, y Monna Lapa, su mujer. Fue la vigésima cuarta de los veinticinco hijos de Jacopo y Lapa.

No recibió Catalina ninguna instrucción y ni siquiera sabía escribir, por lo que tuvo que recurrir a secretarios y amanuenses para redactar sus obras. Pero Dios le comunicó la ciencia infusa de las verdades divinas en proporciones tales que en sus *Cartas* y en su *Diálogo* habla como los más sabios doctores.

A los cinco o seis años tuvo en plena calle una visión de Cristo extendiendo su mano para bendecirla, quedando ella tan transportada, que un hermano suyo que la acompañaba no podía volverla en sí. Esta fue la primera experiencia de lo sobrenatural, que dejó profunda huella en su espíritu y le abrió horizontes inmensos.

Perseguida por su propia familia a causa del voto de virginidad que había hecho y de las espantosas austeridades que practicaba, se ocultó en la famosa «celdilla» de su corazón, donde permanecía día y noche en coloquio amorosísimo con Dios, hasta que obtuvo por fin de su padre la autorización para seguir su vocación. Tomó el hábito en la tercera orden de penitencia de Santo Domingo (a los dieciséis años aproxima-

damente) y vivió algunos años en el seno de su familia, enteramente entregada a la oración y al servicio del prójimo necesitado.

Su vida oculta, de maduración espiritual, culminó en su desposorio místico con Cristo rondando sus veinte años. La señal externa del sublime acontecimiento fue un misterioso anillo colocado por el mismo Cristo en el dedo de catalina, y que solamente ella podía contemplar.

El Señor le guiaba personalmente por los caminos de la santidad. Se le aparecía con frecuencia, rezaba con ella el *Breviario,* y alguna vez le dio El mismo la sagrada comunión y le dio a beber de su propio costado abierto por la lanza. Sus éxtasis y arrobamientos eran casi continuos. Uno de ellos fue tan violento y prolongado, que ha sido calificado de *muerte mística* de Santa Catalina. La santa pudo contemplar durante él la gloria deslumbrante de los bienaventurados en el cielo y los tormentos del infierno y del purgatorio, lo cual produjo en su espíritu un amor intensísimo a las almas y un deseo ardiente de trabajar con todas sus fuerzas en la conversión de los pecadores. Es la época del tránsito de la vida de contemplación a la acción. Su vida interior se va a desbordar, sin disminuir un ápice, en una continua y trepidante acción, que llevará a la práctica su lema predilecto: «Las flores (del amor), para Dios; los frutos, para el prójimo».

Hacia los veinticuatro años de edad –entre 1371 y 1372– mpezó de lleno la acción pública de Catalina. De esta época son las primeras cartas a las grandes figuras del gobierno de la Iglesia y gobernantes de las repúblicas italianas, así como sus primeras actividades para promover la cruzada. Realizó varios viajes a Florencia, Pisa –donde recibió los estigmas de la pasión de Cristo–, Luca y otras ciudades italianas, siempre en misión de paz o para promover el bien de la Iglesia.

En 1376 después de luchas sin cuento y de mil vicisitudes que hubieran desanimado al espíritu varonil más esforzado, Catalina consiguió del papa Gregorio XI que abandonara Aviñón y volviese a residir en Roma, la ciudad predestinada por Dios para centro de la cristiandad. La corte pontificia abandonó Aviñón el 13 de septiembre, lo mismo que Catalina y su

grupo de religiosas y seglares que la acompañaban a todas partes. En Génova, Gregorio XI buscó en una entrevista con Catalina el ánimo para proseguir su ruta, constantemente presionado como estaba para regresar a Aviñón. Por fin el papa entró en Roma el 17 de enero de 1377, siendo aclamado por la muchedumbre que arrojaba flores a su paso. Aquella noche el Vaticano centelleó con 18.000 antorchas encendidas. Había terminado para siempre el destierro papal en Aviñón.

Poco tiempo, sin embargo, duró la paz de la Iglesia y la tranquilidad de Catalina. El 27 de marzo de 1378 moría Gregorio XI, y diez días después se reunía el conclave de cardenales para elegir al nuevo sucesor de Pedro, que tomó el nombre de Urbano VI. Pero algunos cardenales, alegando que no habían sido libres en la elección por las amenazas del pueblo romano, que exigía un papa romano o al menos italiano, se reunieron en Fondi, y el 20 de septiembre del mismo año eligieron un nuevo papa, que tomó el nombre de Clemente VII. Había comenzado el terrible cisma de Occidente, que dividió desastrosamente a la Iglesia durante casi cuarenta años.

Santa Catalina sufrió horriblemente al producirse el infausto acontecimiento. Llamada a Roma por Urbano VI, realizó una ardiente campaña en favor del verdadero papa. Habló en consistorio a los cardenales, envió cartas, llamó juntos a sí a las más relevantes personalidades que podían acabar con el espantoso cisma. Predicó por todas partes una cruzada de santidad, único remedio para los males de la Iglesia.

En 1379 realizó infinidad de gestiones entre los partidarios de uno y otro papa para rehacer de nuevo la perdida unidad de la Iglesia. Ella misma se ofreció a Dios como holocausto y víctima de propiciación.

«Exhausta de fuerzas –escribe Morta–, vive todavía. Y mientras viva ha de ser como holocausto de la Iglesia. Durante una temporada, en los primeros meses de 1380, acude diariamente a San Pedro del Vaticano. La llama inquietá de su espíritu apenas puede ya ser contenida por la fragilidad de un cuerpo que se desmorona. Allí, arrodillada, extática, se ve aplastada por el peso de *la navicella,* la nave de la Iglesia, que

Dios le hace sentir gravitar sobre sus hombros de pobre mujer. Dicta sus últimas cartas-testamento, conforta y estimula a los suyos que la rodean. "Pequé Señor; compadécete de mí", dice reiteradamente, interrumpiendo sus dictados. "¡Sangre, sangre!", exclamaba, repitiendo el anhelo que había consumido toda su vida. "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"».

Santa Catalina voló al cielo hacia el mediodía del 29 de abril de 1380, domingo antes de la Ascensión. Acababa de cumplir los treinta y tres años de edad.

Fue canonizada solemnemente por el papa Pío II en la festividad de San Pedro y San Pablo del año 1461. Y el 4 de octubre de 1970 fue declarada *doctora de la Iglesia* por el papa Pablo VI.

b) DOCTRINA ESPIRITUAL. – El repertorio de las *Cartas* de Santa Catalina –que ocupan cuatro volúmenes en la edición de Siena de 1912– se refiere a las diversas misiones realizadas por la Santa en bien de la Iglesia y a las cartas de dirección dirigidas a sus compañeros y discípulos. Catalina desempeñaba prácticamente el cargo de *director espiritual* del círculo de sus amigos –su *bella brigada,* como decía ella misma– que le acompañaban por todas partes. dichas cartas exponen de manera exquisita la doctrina de la perfección; hacen pensar en las que más tarde escribiría San Francisco de Sales.

La doctrina espiritual de Santa catalina de Siena se basa, como la de muchos otros autores medievales, sobre el conocimiento de Dios y de sí mismo.

El conocimiento de sí mismo inspira la humildad, destruye el amor propio y nos hace sentir nuestra nada. Nos enseña que por nosotros mismos no somos nada y que hemos recibido de Dios nuestro propio ser. De este modo, el conocimiento de sí mismo conduce al conocimiento de Dios, que es el *todo.* Produce también el amor divino en nosotros, porque al hacernos conocer al Señor nos lo hace amar.

La santa poseía tales luces sobre el propio conocimiento que se consideraba en cierto modo como una pura nada. Esta visión la hubiera desalentado si Dios no la hubiera sostenido. De este modo evitaba las tentaciones de orgullo. Un día le dijo

nuestro Señor: *Tú eres la que no eres; yo soy el que soy. Si conservas en tu alma esta verdad, jamás podrá engañarte el enemigo, escaparás siempre a todos sus lazos.* Catalina sentía tan vivamente su indignidad, que atribuía a sus propias faltas todo el mal que se cometía en el mundo y todas las desgracias que le sobrevenían o amenazaban a la Iglesia.

El conocimiento de sí mismo puede, pues, conducir a la más alta santidad.

Santa catalina describe las diversas etapas que es preciso recorrer para conocer a Dios y alcanzar la perfección.

Después de haber descrito el desventurado estado del alma pecadora, la muestra pasando por el *temor servil,* después por el *amor mercenario* y, finalmente, llegando al *amor filial y perfecto* con el que se une verdaderamente con Dios. El papel de las tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad, en esta ascensión a la perfección, lo expone según los principios de la filosofía tomista. En el estado de amor perfecto, el cristiano queda enteramente despojado de su voluntad propia que ha muerto en él.

La unión mística es descrita y caracterizada con toda precisión. Comporta el sentimiento, el conocimiento *experimental* de la presencia de Dios en el alma. En esto se distingue la unión mística de la simple unión por la gracia:

«A éstos –los que han llegado al amor perfecto– les concedo *no serpararme de ellos por el sentimiento de mi presencia,* a la par que te dije de los otros que iba y me apartaba de ellos, no en cuanto a la gracia, sino en cuanto al sentimiento de mi presencia. No obro así con éstos muy perfectos, que han llegado a la gran perfección, muertos del todo a toda voluntad propia, sino que continuamente estoy presente en su alma por la gracia *y por el sentimiento de esta presencia mía;* es decir, siempre que quieren unir su espíritu a mí por afecto de amor pueden hacerlo, porque su deseo ha llegado a tan grande unión por afecto de amor, que por nada pueden separarse de él, sino que todo lugar y todo tiempo es lugar y tiempo de oración. Porque su conversación se ha levantado de la tierra y subido al cielo, han quitado de sí todo afecto terreno y amor pro-

pio sensitivo de sí mismos, se han levantado sobre sí a la altura del cielo con la escalera de las virtudes y han subido los tres escalones que te representé en el cuerpo de mi Hijo unigénito».

Y un poco más abajo añade insistiendo en esta misma idea:

«Estas almas arrojadas en el horno de mi caridad, sin que nada de ellas reste fuera de mí, es decir, ningún deseo suyo, sino todos ellos abrasados en mí, nadie hay capaz de tomarlas y arrancarlas de mí y de mi gracia, porque están hechas una cosa conmigo, y yo con ellas. Y *jamás de ellas me aparto por este sentimiento de mi presencia: su espíritu me siente siempre consigo,* mientras que en los otros, menos perfectos, te dije que iba y venía, alejándome de ellos en cuanto al sentimiento, aunque no en cuanto a la gracia, y que esto hacía para llevarlos a la perfección. Una vez llegados a ella, deja el juego del amor de ir y venir. Lo llamo juego de amor porque por amor me aparto y por amor retorno; no yo propiamente, que soy vuestro Dios inmóvil, que no cambio, sino el sentimiento de mi caridad en el alma; éste es el que va y vuelve».

Esta descripción de la unión mística transformante es una de las mejores que se habían dado hasta entonces. Algo se encuentra también en los escritos de Santa Gertrudis. Solamente será superada por los sublimes reformadores del Carmelo Santa Teresa y San Juan de la Cruz[1].

En esta selección de sus escritos, tomados de su extenso epistolario, recogemos lo más sublime de su doctrina, solamente superada por la mística doctora Santa teresa de Jesús.

1. Royo Marín: Los Grandes Maestros de la vida espiritual, pág. 235-241.

UTILIDAD DE LAS TENTACIONES

A Sor Bartolomea della Setta.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima hija en Cristo Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros verdadera esposa consagrada al tierno esposo. Es condición de la esposa hacerse de una voluntad con su esposo y no debe querer sino lo que él quiera y parece que no puede pensar más que en él. Pensad, hija mía, que siendo esposa de Cristo crucificado no debeis querer sino lo que El quiere, es decir, no consentir los pensamientos. No te puedo pedir que no te vengan, pues no lo podrías conseguir tú ni criatura alguna. El demonio no duerme y Dios lo permite para que con solicitud perfecta se haga esposa suya y para que crezca en virtud. Por eso consiente Dios algunas veces que el espíritu se encuentre árido, a oscuras y asediado de muchos y malos pensamientos, de modo que parece que no podrá pensar en Dios ni apenas acordarse de El.

Cuida de no caer en el tedio ni en desordenada turbación cuando sientas esto, ni dejes tus prácticas piadosas, ni la oración, ni porque el demonio te diga: «¿Qué te aprovecha esta oración si no obras con afecto ni deseo?; mejor te será no hacerla». No la abandones ni te turbes por ello sino responde con valentía: «Prefiero ejercitarme por Cristo crucificado, sintiendo sufrimientos, tinieblas y combates, a hacerlo sintiendo quietud». Piensa que este es el modo de actuar los perfectos y que si les fuera posible salvarse del infierno, gozar en esta vida y poseer la vida eterna, ellos no lo querrían con este afecto; tanto les

agrada parecerse a Cristo crucificado. Por eso más bien quieren ir por el camino de la cruz y del sufrimiento que sin él. ¿Qué mayor deleite puede tener la esposa que parecerse a su esposo y hallarse revestida de tal vestidura? Por lo cual, como Cristo no eligió en su vida sino cruz y padecimientos, así el alma los acepta con tal amor y deseo que no hay lengua que lo pueda narrar. Así, la suma Bondad, para que alcance el perfectísimo amor, posea la humildad y la criatura se conozca a sí misma y vea que de por sí no existe, permite los muchos ataques y el espíritu en aridez. Si ella fuera algo por sí misma, apartaría el sufrimiento cuando quisiera, pero como nada eso, no lo puede hacer, por el conocimiento de sí se humilla en su nada y reconoce la bondad de Dios que le ha dado por gracia el ser y toda gracia añadida a su existencia por Dios. Pero no dirás: «Cuando tengo tantos sufrimientos, combates y oscuridades no puedo ver sino confusión y parece que no puedo tener esperanza alguna; tan miserable me veo». Te respondo, hija mía, que si buscas descubrirás a Dios en tu buena voluntad. Por eso, aunque sientas muchos combates, no te creas privada de la voluntad de amar a Dios, antes bien esta es la razón de que te duela y sufras: porque temes ofender a Dios. Debe, pues, gozarse el alma y no caer en la turbación por los ataques, porque ve que Dios le mantiene la buena voluntad y le da el aborrecimiento al pecado mortal. A propósito de esto recuerdo que una vez oí decir a una sierva de Dios (ella misma) que la primera y dulce Verdad le dijo cuando se hallaba en grandísimos sufrimientos y tentaciones, en las que sintió grandísima turbación mientras el demonio le decía: «¿qué harás, pues, durante toda tu vida tendrás estos sufrimientos y después tendrás el infierno?»; ella entonces, con corazón varonil y sin temor alguno, con odio a sí misma, respondió: «No rehuyo los sufrimientos pues los he elegido como refrigerio; y si al final me diese el infierno, no por ello dejaré de servir a mi Creador; porque estoy con El en que soy digna de estar en el infierno por haber ofendido a la primera y dulce Verdad; por eso, si

me diera el infierno, no me haría injuria alguna, porque soy suya». Entonces nuestro Salvador, ante esta dulce y verdadera humildad, le quitó las tinieblas y molestias de los demonios, como cuando cae una niebla y queda el sol, y de pronto consiguió la presencia de nuestro Salvador. Por lo cual ella se derretía en tal río de lágrimas que decía con ardoroso y dulce amor: «¡Oh dulce y buen Jesús! ¿Dónde estabas cuando mi alma se hallaba en tanta aflicción?». El dulce Jesús, el Cordero inmaculado, respondió: «Estaba junto a ti, porque yo no me muevo ni aparto de la criatura si ella no se aparta de Mí por el pecado mortal». Ella estuvo en dulce coloquio con El y le decía: «Si estabas conmigo, ¿cómo no te sentía? ¿Cómo puede ser que estando junto al fuego no se sienta calor? Y yo no sentía sino hielo, tristeza y amargura y me parecía estar llena de pecados mortales». El contestaba dulcemente diciendo: «¿Quieres que te muestre, hija mía, cómo tú en aquellos ataques no caíste en pecado mortal? Dime, ¿qué es lo que causa el pecado mortal? Es sólo la voluntad, porque si hubiera existido te habrías deleitado y gozado en los pensamientos del demonio. Como no había voluntad de pecar, te dolías por temor a la ofensa. Ves, pues, que en la voluntad se basan el pecado y la virtud. Por lo cual te digo que por esos ataques no debes caer en turbación. Quiero que de esta oscuridad salga la luz del conocimiento de ti, el que adquiriste por la humildad, y que te goces y alegres por la buena voluntad para reconocer que en ese momento yo habito secretamente en ti. La voluntad es una señal de que Yo estoy allí, porque, si fuese mala la voluntad, no estaría Yo en ti por la gracia. ¿Sabes cómo habito en ti? Igual que estuve en el madero de la cruz. El modo de habitar en vosotros es el que tiene mi Padre conmigo. Piensa, hija mía, que yo era feliz en la cruz y que sufría al mismo tiempo: feliz por la naturaleza divina unida a la humana, y afligido, sin embargo, porque el Padre eterno tomó para sí el poder, dejándome el sufrimiento. Sin embargo, no quitó la unión, de modo que no estuviera siempre conmigo. Piensa, pues, que de esa ma-

nera habito Yo en el alma, porque a veces retiro la percepción, aunque la gracia no se pierde nunca si no es por el pecado mortal, como se ha dicho. ¿Sabes por qué actúo así? Para hacerla llegar a la verdadera perfección. Tú sabes que el alma no puede ser perfecta sino con estas dos alas: la humildad y la caridad. La humildad se adquiere por el conocimiento de sí en el tiempo de la oscuridad, y la caridad, al ver que Yo, por amor, le he conservado la santa y buena voluntad. Por lo cual te digo que el alma prudente, al ver que de aquí procede tanta virtud, se siente segura (además, que no permito al demonio que os de tentaciones) y amará más el tiempo (de la oscuridad) que otro alguno. Te he explicado ya el modo. Piensa que este tiempo es muy necesario para vuestra salvación, porque si nunca fuese solicitada el alma, por grandes tentaciones, caería en grandísima negligencia y perdería la práctica del continuo deseo y de la oración. En el tiempo del combate está el alma más atenta por miedo a los enemigos y fortalece el castillo de su alma recurriendo a Mí, que soy su fortaleza. Sin embargo, la intención del demonio no es esa, pues Yo permito que os tiente para que consigais la virtud y él lo hace para que caigais en la desesperación. Considera que el demonio tentará al que se ha decidido a servirme, no porque crea que esa alma va en realidad a caer en el pecado, pues ya ve que antes preferiría la muerte. ¿Qué hace entonces? Intenta llevarla a la desconfianza diciendo: a causa de los pensamientos y movimientos que te vienen, nada bueno te es de provecho. Ves, por tanto, la argucia del demonio que, no pudiendo vencer en la batalla primera, lo consigue en la segunda bajo el pretexto de virtud. Por eso no quiero que sigas nunca su astuta voluntad sino la mía. Esta es la regla que te doy y quiero que enseñes a los demás cuando sea necesario».

Por tanto te digo, carísima hija mía, lo que quiero que hagas. Seamos espejo de virtud siguiendo los pasos de Cristo crucificado. Báñate en su sangre, como yo quiero. No busques ni quieras sino al crucificado, como esposa rescatada con su sangre. Bien comprendes que eres esposa

y que a ti, y a toda criatura, te ha desposado no con anillo de oro sino con el de su carne. Mira aquel dulce Niño que a los ocho días, en la circuncisión, se quita tanta carne como la del anillo. ¡Oh profundidad y grande e inestimable de caridad, cuánto amas a tu esposa, a la humanidad! ¡Oh vida, por quien todo vive! Tú la has arrancado de manos del demonio que la poseía como suya y lo has llevado a cabo atrapando al demonio con el anzuelo de la humanidad, y la desposaste con tu carne. En arras has dado la sangre y, finalmente, has pagado al ser degollado tu cuerpo. ¡Embriágate, hija mía! No caigas en la negligencia sino levántate con verdadera solicitud. Haz pedazos la dureza de tu corazón con la sangre, de modo que nunca más se endurezca por la ignorancia, la negligencia o por que otros hablen. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

UTILIDAD DE LOS SUFRIMIENTOS

A Fray Lazzarino de Pisa.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

A vos, amadísimo y carísimo padre, hermano e hijo en Cristo Jesús, yo, Catalina, sierva inútil, os escribo acordándome de aquella dulce palabra que dijo Cristo: «Con deseo he deseado celebrar esta pascua con vosotros antes de que muera». De este santo deseo que me proporciona la gracia divina (pues por mí nada soy, ya que sólo Dios es el que existe por sí mismo), según ha herido Dios mi alma, ardo por decir lo que Cristo: «Con deseo he deseado que celebremos la pascua antes de que muramos». Nuestra dulce y santa pascua será lo que dice David en el salterio: «Gustad y ved». Pero creo que no podemos ver a

Dios si antes no celebramos esta santa pascua gustándola. Digo gustándola por amor de su inestimable dilección de la caridad, conociendo y experimentando que la bondad de Dios no quiere sino nuestro bien, como dice el enamorado Pablo: «Dios es nuestra santificación, nuestra justicia y nuestro descanso», y «la voluntad de Dios no quiere sino nuestra santificación».

¡Oh inestimable dilección y caridad! Tú muestras el ardoroso deseo; corriste como ciego y ebrio al oprobio de la cruz. Ni el ciego ve ni tampoco el ebrio cuando está bien lleno de vino. Así El, casi como muerto, se perdió a sí mismo como ciego y ebrio de nuestra salvación. No le retrajo nuestra ignorancia, ingratitud ni el amor que nos tenemos a nosotros mismos. ¡Oh dulcísimo Jesús Amor! Te has dejado cegar por el amor de modo que no te permite ver nuestras maldades y por ello has perdido el sentido. ¡Oh dulce Señor! Me parece que has querido castigarlas en tu dulcísimo cuerpo entregándote al tormento de la cruz, estando en ella como enamorado, para demostrar que no nos amas por tu provecho sino por nuestra santificación.

Es claro que El está (en la cruz) como norma nuestra, como camino y libro escrito en el que toda persona inculta y ciega puede leer. El primer verso del libro es odio y amor, es decir, odio al pecado y amor a la honra del Padre. Por tanto, amadísimo, carísimo hermano y padre, por reverencia al Sacramento sigamos este dulce libro que tan dulcemente nos enseña el camino. Si ocurriese que los tres enemigos nos parasen en el camino, o sea, el mundo, la carne y el demonio, tomemos las armas del odio como hizo nuestro padre san Francisco. Porque, a fin de que el mundo no le hinchase el estómago, eligió la santa, verdadera y extremada pobreza. Así quiero que obremos nosotros. Si el demonio de la carne quisiere rebelarse contra el espíritu, que nos tome el descontento y se aflija y macere nuestro cuerpo como hizo nuestro Padre, quien siempre, con solicitud y sin negligencia, corrió por este camino. Si el demonio se nos acercase con mu-

chas y variadas argucias y fantasías, con temor servil, y quisiese ocupar nuestra mente y nuestra alma, no temamos, porque en virtud de la cruz, son cosas sin importancia (¡oh amor dulcísimo!) puesto que no tienen más poder que el que Dios les da y El no quiere sino nuestro bien. De ahí que no nos deba preocupar aquello que podamos soportar. Confortaos, confortaos y no rehuseis el sufrimiento, conservando siempre la santa voluntad, de modo que no descanse sino en lo que Dios amó y odie lo que El odió. Armada de esta manera nuestra voluntad con el odio y el amor, recibirá tal fortaleza que, como dice san Pablo, ni el mundo, ni el demonio ni la carne nos podrán apartar del camino. Suframos, suframos, hermano carísimo porque, cuantos más trabajos padezcamos aquí abajo con Cristo crucificado, mayor gloria recibiremos. Ningún sufrimiento será tan remunerado como el del corazón y del espíritu, porque cuanto mayores son las penas, serán por ello más dignas de premio.

De este modo, pues, es preciso que gustemos a Dios para que podamos ver. No os digo más, sino que estemos unidos y transformados en la dulce voluntad de Dios. Corramos, corramos, unidos, dulcísimo hermano, y transformados en la dulce voluntad de Dios. Corramos, corramos unidos por el vínculo de la caridad con Cristo crucificado al madero de la cruz. Yo, Catalina, sierva inútil de Jesucristo, me encomiendo a vos y os suplico que pidais por mí, de modo que camine de veras. Jesús dulce, Jesús amor.

AL PECADO HAY QUE ABORRECERLO POR SU GRAVEDAD

Al Maestro Francisco.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hermano en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros despreciar el pecado mortal, pues de otro modo no podreis tener la gracia divina en vuestra alma. Ni vos ni los demás veo que la podais tener si no existe la luz con que se puede ver y conocer la gravedad del pecado y el bien de la virtud. Lo que no se conoce no se puede amar, es decir, amar lo que es digno de amor, odiar lo digno de odio ni llegar al conocimiento sin la luz. Ved, pues, lo necesaria que es la luz. La tenemos en el entendimiento por la pupila de la santísima fe cuando la nube del amor propio no la ha oscurecido.

Si nos poseyese el amor propio, lo deberíamos arrojar, para que no sea impedimento a nuestra visión, y expulsar con el amor santo el perverso amor de nuestros sentidos. El amor propio aniquila y quita la gracia divina y a todas las obras las corrompe. Como el árbol malo produce frutos corrompidos, así el hombre que se encuentra en el amor sensitivo, de donde le ha venido la gravedad del pecado mortal. Por eso todas sus obras están corrompidas, les ha quitado la luz y producido las tinieblas y, de ese modo, no conoce ni distingue la verdad. Ha estragado también el gusto y los apetitos del alma, por lo que las cosas buenas le parecen malas y las malas buenas. Desprecia las verdaderas virtudes, huye del amor a Dios y al prójimo y encuentra todo su deleite en las delicias y placeres del mundo. Si ama al prójimo, no lo ama por Dios sino por propia utilidad.

Sin embargo, el que de veras carece del amor sensitivo, ama a su Creador sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. No puede conseguir este amor si antes no conoce con la luz del entendimiento que él de por sí no existe, y sin reconocer que su ser y toda gracia recibida vienen de Dios. Cuando tan dulcemente se conoce a sí, conoce sus defectos y el amor Creado y se dispone a sufrir toda pena antes que ofenderle o contaminar la virtud y realizar según Dios todas sus obras, espirituales o tempo-

rales. En cualquier circunstancia en que se encuentre, ama y teme a su Creador. De ahí que si tiene riquezas, posición social, parientes o amigos, todo lo posee como prestado, no como suyo, y usa de ello con mesura y no sin ella. Si está en estado de matrimonio vive en él con normalidad, como en un sacramento, teniendo respeto a los días preceptuados por la santa Iglesia. Si ha de tratar con criaturas y servirlas, lo hace con sinceridad, no con fingido corazón, con libertad, no teniendo en cuenta más que a Dios.

Pone orden en las potencias del alma y en todos los movimientos del cuerpo. Por eso manda a la memoria retener los beneficios de Dios, al entendimiento comprender cual es su voluntad, que no quiere otra cosa que su santificación, y a la voluntad que ame a su Creador sobre todas las cosas. Ordenadas las potencias del alma, quedan ordenados todos los movimientos del cuerpo.

Así os pido, carísimo hermano, que hagais vos. Ordenad vuestra vida. Abrid el ojo de vuestro entendimiento para conocer la gravedad del pecado y la generosidad de Dios. haciéndolo así, en cualquier situación en que os halleis, sereis agradable a Dios, árbol fructífero, producireis frutos de vida, a saber, de verdaderas y santas virtudes y comenzareis en este mundo a gustar las primicias de la vida eterna. Creo que en modo alguno podemos recibir la paz, la quietud y la gracia sin el conocimiento por medio de la luz de la santísima fe. (Por esa luz nos conocemos a nosotros mismos, conocemos la gravedad del pecado, la bondad de Dios y el tesoro de las virtudes). Por eso os dije que deseaba veros despreciar el pecado mortal y os suplico que lo hagais así. No os digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

APARTARSE DE LAS OCASIONES DE PECADO

A un genovés, terciario de San Francisco.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hermano en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros verdadero luchador, valiente caballero, con la luz (como Gedeón) y con el escudo de la santísima fe para rechazar los ataques y que, con esa fe, conozcais qué da fortaleza a los enemigos y qué los debilita, para que empleeis el remedio que los hace débiles y huyais de lo que les da vigor. ¿Qué es lo que los hace fuertes? La voluntad propia basada en el amor a sí mismo. Este amor debilita a la voluntad y la hace cambiar como hoja al viento. La voluntad corre detrás de lo que el apetito sensitivo ama, consintiendo voluntariamente en ello. En esta voluntariedad se funda la culpa, no en los movimientos que proceden del amor sensitivo que tienden a amar lo que está fuera de Dios y de la razón, sino en el consentimiento de la voluntad. Por eso la que sigue al amor a uno mismo, lo debilita a él y da fortaleza a los enemigos, como queda dicho. ¿Qué es lo que hace fuerte al alma y debilita al enemigo? Nuestra voluntad revestida de la dulce voluntad de Dios con afecto de amor. Ella es tan fuerte que ni el demonio ni la criatura la pueden hacer flaquear, si no quiere. ¿Y por qué es fuerte? Porque se halla voluntariamente unida a Dios que es suma y eterna fortaleza. Es firme y estable porque nuestro Dios, en quien ella mora, es inmutable y de ahí que no se mueva sino dentro de El. ¿Dónde adquiere el alma esta fortaleza? En la doctrina del amoroso Verbo, viéndola a través de la santísima fe. En esa doctrina y en su sangre conoce que la voluntad de Dios no busca ni quiere sino nuestra santificación. Por esto se enamoró y

se vistió de ella, sumergiendo su voluntad en la de Dios.

Esa voluntad hace al alma prudente, no idiotizada o a oscuras. Ordena su vida con gran sabiduría y discreción, siempre atenta a lo que la pueda privar de Dios. Y como ve que el amor sensitivo se lo quita, de ahí que odie a sus sentidos, ame a la razón y que, a la luz de la razón, lleve a cabo sus obras. Ama a su Creador sin intermediarios ni condiciones y no sólo no quiere poner por medio las cosas creadas o a las criaturas sino que no lo quiere por sí mismo ni por la voluntad viciada. Como renuncia a sí mismo, así rechaza a las criaturas y a todas las cosas creadas, a saber, no las ama fuera de la voluntad de Dios sino por El y de ese modo su amor es ordenado. Si ama a lo creado, lo hace por amor al Creador, con mesura y prudencia, no sin ella.

¿Con qué prudencia? Con la de la caridad de Dios. No toma otra medida porque sería engañada, como ocurre a muchos imperfectos, que se dejan atrapar por el demonio con el anzuelo del amor. Tomando como medida la caridad de Dios, o sea, amando a las criaturas por El, en consecuencia, si se apartan de ella, caen en la medida de sus sentidos y se verá al ciego que con el anzuelo de la devoción ha perdido a Dios y la santa oración, de la que se había hecho madre; se verá que arroja a tierra las armas con que se defendía, debilitada la voluntad y, fortalecidos sus enemigos, se encuentra en el desastre final. Ya ha concebido la muerte y no le queda más que darla a luz. No se da cuenta ni huye de la criatura como del veneno, sino que prosigue y va tras él. Nosotros no podemos impedir los pensamientos y movimientos empozoñados, porque la carne está pronta a combatir contra el espíritu y el demonio nunca duerme, antes bien nos da ejemplo, a nosotros, negligentes de cómo ser solícitos en la vigilia. Podemos, sin embargo, someter la voluntad a nuestro libre albedrío para que no consienta y no los reciba voluntariamente en su casa.

Puede el alma huir si no quiere encontrarse corporalmente en aquel lugar, pero su ceguera da la impresión de

que quiere que se vea caer un ángel del Cielo y marchar a lo profundo del infierno.

¡Oh maldita devoción, cuando se ha apartado de tu norma! ¡Oh anzuelo sutil! Entras quedo, como el ladrón que roba, te familiarizas después con la casa y, cuando has cegado al entendimiento, te desenmascaras. No se te ve, pero se siente tu pestilencia. ¡Oh carísimo y dulcísimo hermano en el dulce Cristo Jesús! Quitemos la mano del odio con contrición de corazón y aborrecimiento de la culpa; quitemos la broza del ojo para que quede lúcido y conozcamos a ese falso enemigo. Que la voluntad huya para no consentir los pensamientos del corazón. Conténgase el cuerpo; que en todo se aparte del lugar y de la presencia de la criatura.

¡Ay, ay! Acerquémonos al árbol de la cruz, miremos al Cordero desangrado por nosotros y adquiramos en El el fuego del santo deseo. Con él encontraremos a nuestra madre, la santísima y humilde, fiel y continua oración. De otro modo sería ella madre sin leche y no alimentaría a los hijos de las virtudes con su dulzura. En cuanto hayamos recuperado a esta madre, nuevamente tendremos la medida de la caridad divina con que debemos medir el afecto del amor que debemos a la criatura racional; nos haremos fuertes, apartada ya toda debilidad; seremos valientes, porque en nosotros se extinguirá el mórbido placer que hace pusilánime al corazón; nos desaparecerán las oscuridades y andaremos a la luz, siguiendo la doctrina de Cristo crucificado. Fortificados con el escudo de la santísima fe, permaneceremos en el campo de batalla y no rehusaremos los trabajos ni volveremos nunca atrás la cabeza, sino con larga perseverancia, sin temor servil alguno, con temor santo, veremos débiles a nuestros enemigos y nos sentiremos fuertes con la suma fortaleza. En la perseverancia encontraremos la corona de la gloria preparada no para quien comienza sino para quien llega hasta el fin. Esto se da si el alma está vestida de la fortaleza, siendo perseverante, y no de otro modo.

Por eso os dije que deseaba veros verdadero luchador,

a fin de que mejor podais cumplir con la voluntad de Dios y mi deseo y socorreros en vuestra necesidad. Tened la sangre de Cristo ante vuestra mente para que ella os anime en el combate y, ya muerta la voluntad (propia), no consienta en las maldades del demonio, de las criaturas ni de la frágil carne. Huid del lugar, si amais la vida de vuestra alma. Hecho esto, no os den cuidado los combates del demonio ni caigais en la confusión, sino soportad con paciencia los trabajos con el desdén al pecado que llevaría al consentimiento voluntario y lo pondría por obra. No seais negligente sino solícito. Disponeos a sentir la fragancia de la virtud y de la verdadera y santa pobreza por amor al pobre y humilde Cordero. Una vez que hayais puesto la mano en el arado, no volvais la vista atrás.

No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Huid a la celda del conocimiento de vos mismo, donde hallareis la amplitud de la bondad y caridad de Dios que es la que os ha liberado del infierno. Jesús dulce, Jesús amor.

UTILIDAD DE SUFRIR CONTRADICCIONES

Al Prior de Cervaía.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

A vos, dilectísimo y carísimo padre por reverencia al dulcísimo Sacramento, e hijo (lo digo con verdadero y santo deseo, el cual da a luz a vuestra alma ante la presencia de Dios por medio de la santísima oración, al modo que la madre da a luz a su hijo); yo, Catalina, miserable sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escri-

bo en su preciosa sangre con el deseo de veros consumido el corazón y el afecto en su ardentísimo amor. Este aniquiló, quemó y quitó todas nuestras iniquidades en el madero de la santísima y venerable cruz. Este dulce fuego no termina nunca, porque si su amor terminara en nosotros, desapareceríamos, ya que sólo el fuego del amor mueve a Dios a atraernos a Sí. Más bien parece que la inestimable caridad de Dios ha provisto a la fragilidad y miseria humana, pues, siendo siempre capaz e inclinado a la ofensa de Dios, su Creador, para conservarlo, previno el remedio a su enfermedad.

El remedio contra nuestras enfermedades no es otro que ese fuego de amor que nunca se ha extinguido en ti. El alma lo recibe como medicina cuando considera implantado en ella el estandarte de la santísima cruz. Nosotros fuimos la piedra en que fue hincada y que la sostiene, porque ni clavo ni madero eran capaces de sostener al dulce Codero inmaculado si el amor y el afecto no lo hubieran sostenido. Por tanto, cuando el alma contempla tan dulce y preciada medicina, no debe dejarse llevar de la negligencia, sino levantarse con su afecto y deseo, y tender las manos con odio y descontento de sí misma y hacer lo que el enfermo, que aborrece la enfermedad y ama la medicina que le ha dado el médico.

¡Oh hijo y padre en Cristo Jesús! Levantaos con el fuego del ardentísimo amor, con odio y profunda humildad, reconociendo que nada somos y poniendo nuestras enfermedades ante el Médico, Cristo Jesús. Que vuestra mano se tienda a recibir las amargas medicinas que se nos han dado. Son estas las amarguras que con frecuencia recibe el hombre, es decir, las muchas tinieblas, tentaciones, desasosiegos, perplejidades y otras tribulaciones que han llegado de fuera, que parece se han encariñado con nosotros. Si obramos como el enfermo prudente, serán para nosotros de suavísima dulzura, es decir, consideraremos el afecto del dulce Jesús que nos las da, y veremos que no lo hace por odio sino por singular amor, ya que no puede querer sino nuestra santificación. Reconocida su bondad

y nuestra necesidad, se deduce que debamos poseerlas, pues sin ellas llegaremos a la ruina. Ellas, por el contrario, hacen que nos conozcamos a nosotros mismos y nos levantemos del sueño de la negligencia, quitándonos la ignorancia, ya que nos ha hecho vomitar los efectos de la soberbia. Así nace la justicia y una santa y dulce paciencia para que estemos preparados a sufrir cualquier pena y tormento y nos juzguemos indignos de la paz y quietud de la mente. En consecuencia, esto hace enamorarse de Dios al alma que ha concebido en sí tan gran odio. Atento, pues, el entendimiento, y considerada la inestimable bondad de Dios y caridad de Dios con nosotros, parecen tan dulces y suaves los sufrimientos que sólo ellos pueden deleitar y se piensa siempre en el modo de sobrellevarlos por el odio a uno mismo.

Hacia este fin quiere y desea mi alma que vayais, de modo que si Dios nos concede la gracia de sufrir y dar la vida por El, será preciso que la navecilla de nuestra alma se provea de la sangre y del fuego de la divina caridad, buscándolos y consiguiéndolos del modo ya explicado.

No digo más. Tened vigilancia de vuestros súbditos y no la descuideis por nada. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

EXHORTACION AL AMOR A DIOS

A Bartolomé Usimbardi.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimos hijos e hijas en cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros hechos brasas y consumidos en el fuego que no destruye sino que

hace prosperar al alma, la une y la transforma en sí, fuego de amor divino. En cuanto ella considera su existencia, será que el Dios eterno nos ha dado el Verbo, su unigénito Hijo, por amor, a fin de que pagase por nosotros la deuda a que estábamos obligados y que nos ha sacado de la oscura prisión y esclavitud del demonio de la que no podíamos salir y que el mismo Verbo divino, haciéndose hombre mortal, entró en el campo de batalla por nosotros, y venciendo al demonio y rompiendo la oscura prisión, nos sacó de la mísera esclavitud en que tanto tiempo había estado el género humano. Con la cruz, nos abrió la puerta de la vida eterna. Todo esto lo hizo por amor. Habiéndonos, pues, enseñado el camino y abierto la puerta, sólo queda de nuestra parte que lo sigamos, para poder hacerlo sin obstáculos y con gran confianza bajo la gloriosa enseña de la cruz. Los enemigos son derrotados y atemorizados por ella. Nuestro Dios nos espera e invita con gran amor a que vayamos a gozar de El, sumo y eterno Bien. ¡Oh amor inestimable, caridad inmensa, fuego de la divina caridad! ¿Qué corazón habrá que viéndose amar con amor tan ardiente no se derrita a causa del amor y se transforme todo en él? Demasiado duro, ciertamente, más duro que el diamante, el que no se abrase con tanto fuego. Quiero, pues, carísimas hijas, señora Orsa y señora Inés que desperteis de la negligencia, que os dediqueis a contemplar con el entendimiento ese fuego de amor. Lo mismo os digo a vos, querido hijo Francisco. Una vez contemplado, os vereis forzados a amar. Amando, os será fácil sufrir por Dios cualquier carga pesada y bien pronto ese amor se extenderá a vuestro prójimo, que es lo más amado de Dios. Así cumplireis con el amor a Dios y al prójimo. No digo más por la brevedad del tiempo, sino que tomeis fuerzas de Cristo crucificado y os bañeis en su sangre dulcísima. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

CONSEJOS ESPIRITUALES A UN SEGLAR

A Micer Ristoro de Pedro Canigiani.

En nombre de jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hermano en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros constante y perseverante en la virtud, porque no es coronado el que comienza sino el que persevera. La perseverancia es la reina que es coronada. Se encuentra entre la fortaleza y la paciencia. Sólo ella recibe la corona de la gloria. Así quiero yo, dulcísimo hermano, que seais, constante y perseverante en la virtud, para que recibais el premio por todo trabajo vuestro. Confío en la gran bondad de Dios que El os fortalecerá de modo que ni el demonio ni criatura alguna pueda haceros volver la vista atrás, a lo que habeis arrojado de vos.

Por lo que me escribís, creo que habeis comenzado bien y me alegro viendo vuestro santo propósito, a causa de vuestra salvación. Primeramente hablais de perdón para quien os hubiere ofendido o querido ofender. Esto os es muy necesario para conseguir de Dios la gracia para vuestra alma y hasta para estar tranquilo según el mundo. Porque, quien permanece en el odio, queda privado de Dios, se halla en estado de condenación y gusta en esta vida de las arras del demonio, ya que se recome a sí mismo, apetece venganza y siempre tiene miedo. Creyendo dar muerte a su enemigo se mata antes a sí mismo, porque con el cuchillo da muerte a su alma. Los que creen dar muerte a su enemigo, se matan a sí mismos. Quienes de veras perdonan por amor a Cristo crucificado, tienen paz y quietud y no sienten turbación, porque la ira que la causa ha muerto en su alma. Dios, que es remunerador de todo bien, le da la gracia y la vida eterna al fin de su vida.

Qué deleite, alegría y tranquilidad de conciencia recibe entonces su alma no lo podría yo describir tal como es. Hasta según el mundo es grandísimo su honor, porque por amor a la virtud y por magnanimidad no apetece ni quiere vengarse de su enemigo. Por eso os invito a que os afirmeis con perseverancia en este santo propósito.

Pedir y exigir lo vuestro, con el debido respeto, podeis hacerlo en buena conciencia. Eso, quien lo quiera hacer, pues nadie está obligado a renunciar a lo suyo más de lo que sea su voluntad. Sin embargo, si quisiera renunciar a ello, haría una obra más perfecta. El no ir al obispado, ni a palacio, y permanecer tranquilamente en casa, es bueno y óptimo porque, en medio de tanta agitación somos débiles, nuestra alma frecuentemente se turba, comete injusticias y hace cosas fuera de razón: uno por mostrar que sabe más que el otro, y éste por el deseo de ganar dinero. Está bien huir de las ocasiones.

Añado algo más: sería gran honor que, como san Ivón, os esforceis por los pobrecillos y pobrecillas que claramente tienen la razón y no tienen quien les apoye ni pruebe que la tienen, por carecer de dinero. Pensad que la piedad, y el prestar a los pobres las dotes que Dios nos ha dado, es muy grato a Dios y vale para la salvación del alma. Por eso dice san Gregorio que el hombre que se compadece es imposible que muera de mala muerte, es decir, con muerte eterna. Esto me agrada mucho y os ruego que lo hagais.

En todas vuestras obras, cuando el apetito quiera levantar la cabeza contra la determinación tomada, tened a Dios ante vuestros ojos y decíos a vos mismo: «Piensa, alma mía, que la mirada de Dios está sobre ti y ve lo oculto de tu corazón. Eres mortal; morirás y no sabes cuando. Habrás de rendir cuentas ante el sumo Juez de lo que hagas. El castiga toda culpa y premia toda obra buena». Si de ese modo pones freno, no se deslizará (el alma) apartándose de la voluntad de Dios.

Debeis hacer esto: satisfacer por vuestra alma lo más que podais y aligerar la conciencia de aquello en que os

sintais gravado. Satisfaced con los bienes materiales por lo que tengais que dar cuenta o por otros males con que hubiéreis perjudicado a alguno. Pedid perdón completo a cada uno para que así permanezcais en la dilección de la caridad a vuestro prójimo. Vended las ropas superfluas y vestidos pomposos que tengais. (Estos, carísimo hermano, hacen mucho daño y son instrumento para hacer vano el corazón y fomentar la soberbia, pareciendo que se es más y de más importancia que los demás, gloriándose de lo que no se debe uno gloriar. Es una gran vergüenza para nosotros, falsos cristianos, ver a nuestra Cabeza (Cristo) atormentada y estar nosotros con tantas comodidades. Por lo cual dice san Bernardo que no es decoroso ver a nuestros miembros delicados, debajo de una corona de espinas). Os digo que obrareis muy bien poniendo remedio a ésto. Vestíos según la necesidad, honestamente, no a precios exorbitantes, y agradareis mucho a Dios. Hacedlo en cuanto podais con vuestra mujer y vuestros hijos. Sed para ellos modelo y enseñanza, como debe serlo el padre que debe educar a sus hijos con argumentos y ejemplo de virtud.

Aún más: en el estado de matrimonio permaneced en el temor de Dios y conducíos rectamente, como en un sacramento, y no con deseos desordenados. Como hombre racional, y no como animal, tened en gran reverencia los días prescritos por la santa Iglesia. Así, de vos y de vuestra mujer, saldrán buenos frutos, como árboles sanos.

En cuanto a rehusar cargos hareis bien; porque rara es la vez que no os hagan daño, hasta oír hablar de ellos os debe molestar. Por eso, dejad a los muertos que entierren a sus muertos y esforzaos por agradar a Dios con libertad de corazón, amándolo sobre todas las cosas, con deseo de virtud, y al prójimo como a vos mismo, huyendo del mundo y de sus delicias. Renunciad a los pecados y a los propios sentidos, trayendo siempre a la memoria los beneficios de Dios y, especialmente, el de la sangre que fue derramada por nosotros con tan ardoroso amor.

Considerad también como una necesidad vuestro cre-

cimiento en la virtud, y haced confesión frecuente, a vuestro gusto, para lavar la cara del alma en la sangre de Cristo. Puesto que todos los días la manchamos, a lo menos una vez al mes, o más frecuentemente. Con menos frecuencia,sin embargo, me parece que no se debiera de hacer. Deleitaos en oír la palabra de Dios y, cuando llegue el momento, poneos en paz a su debido tiempo. En las pascuas solemnes, o al menos una vez al año, recibid la comunión. Deleitaos en el Oficio (divino) y oíd la misa cada mañana, y, no pudiéndolo diariamente, a lo menos en los días perceptuados por la santa Iglesia, a que estamos obligados. Debeis esforzaros cuanto podais.

La oración (vocal) no es necesario que sea larga por vuestra parte. Es más, en las horas de obligación o programadas, en cuanto podais, intentad conocer vuestros pecados, y la generosidad de Dios que tan dulcemente ha actuado y actúa en vos, abriendo vuestra mente, bajo la luz de la santísima fe, a la consideración de cómo Dios nos ama inefablemente. Este amor nos lo manifestó por medio de la sangre de su Hijo unigénito. Os pido que si no lo recitais (el Oficio divino), digais diariamente el oficio de la Virgen para que ella sea vuestro refrigerio y vuestra abogada ante Dios. En cuanto a programar vuestra vida, os ruego que lo hagais. Ayunad el sábado por reverencia a María. No descuideis los días preceptuados por la Iglesia, a no ser por necesidad. Huid de asistir a convites desordenados; más bien vivid verdaderamente como hombre que no quiere hacer de su vientre un dios. Comed según lo necesiteis y no por miserable deleite. Será imposible que, quien no es correcto comiendo, conserve la inocencia.

Estoy segura de que la bondad infinita de Dios os hará tomar la determinación que sea precisa para vuestra salvación. Rogaré y haré rogar para que Dios os de perseverancia hasta la muerte y os ilumine sobre lo que debeis hacer para vuestra salvación. No os digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

EXHORTACION A SUFRIR PENSANDO EN CRISTO

A los presos de Siena.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimos hijos en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros bañados con el santo deseo de la sangre de Cristo crucificado. Ponedlo ante vuestra mente como finalidad y así adquirireis una verdadera paciencia, puesto que la sangre de Cristo nos manifiesta nuestras maldades y la infinita misericordia y caridad de Dios. Esta consideración nos hace odiar y rechazar nuestros pecados y defectos y llegar al amor a las virtudes.

Queridísimos hijos: si me preguntais por qué en la sangre se ven mejor nuestros defectos y la misericordia, os respondo: porque la muerte del Hijo de Dios le fue dada por nuestros pecados. El pecado fue la causa de la muerte de Cristo. El Hijo de Dios no precisaba el camino de la cruz para entrar en su gloria, ya que en El no había veneno del pecado y la vida eterna era suya. Se había declarado una guerra grandísima entre nosotros y Dios por haber perdido la gracia a causa de nuestros pecados. El hombre se hallaba enfermo y debilitado por la rebelión contra su Creador y no podíamos tomar la amarga medicina que seguía a la culpa cometida. Fue, por tanto, necesario que Dios nos diese al Verbo, su unigénito Hijo y así, por inestimable amor, hizo que se uniesen la naturaleza divina y la humana; lo infinito se unió a nuestra miserable carne

finita. Vino como médico enfermo y como caballero-médico nuestro. Digo que con su sangre ha curado nuestra enfermedad y nos ha dado la carne como comida y la sangre como bebida. Esta sangre es de tan gran dulzura y fortaleza que cura cualquier enfermedad espiritual y hace volver de la muerte a la vida; quita las tinieblas y da la luz.

Porque el pecado mortal hace caer al alma en todos estos males, nos quita la gracia, priva de la vida y da la muerte, oscurece la luz del entendimiento y nos hace servidores del demonio, quita la seguridad y nos da el desordenado temor, porque el pecador teme siempre. Quien se deja dominar por él, ha perdido la independencia y ¡cuántos son los males que se le siguen! ¡Cuántas tribulaciones, angustias y trabajos son permitidos por Dios a causa del pecado! Todos los defectos y pecados son borrados por la sangre de Cristo crucificado, porque, inclinándose a la confesión, el alma se purifica de inmundicia por la sangre. En ella se adquiere la paciencia. Pensando en las ofensas que hemos hecho a Dios y en el remedio de darnos la vida de la gracia, conseguimos la verdadera paciencia; de modo que es claro y cierto que El es el médico que nos ha dado la sangre como medicina.

Digo que El (Cristo) está enfermo, o sea, que ha tomado nuestra enfermedad cuando tomó nuestra mortalidad y carne mortal y en esa carne de su dulcísimo cuerpo ha castigado nuestras culpas. Ha hecho como la nodriza que alimenta al niño. Cuando éste se halla enfermo, toma ella la medicina en vez de él, pues por ser niño pequeño y débil, no podría soportar la amargura, pues no se alimenta de otra cosa que de leche. ¡Oh dulcísimo amor, Jesús; Tú eres la nodriza que ha tomado la medicina amarga sufriendo penas, oprobios, suplicios, villanías, siendo atado, golpeado, flagelado a la columna, cosido y clavado en la cruz. Estás saturado de escarnios y oprobios, afligido y consumido por la sed, sin refrigerio alguno. Te han dado vinagre mezclado con hiel, con grandísimo insulto. Sufres con paciencia y oras por los que te crucifican. ¡Oh amor

inestimable! No sólo oras por los que te crucifican sino que los disculpas diciendo: «Padre, perdona a éstos, que no saben lo que hacen». ¡Oh paciencia que excedes a toda paciencia! ¿Quién hubo nunca que siendo golpeado, escarnecido y muerto, perdonase y rogase por los que le odien? Tú sólo eres ése, Señor mío. Es, pues, cierto que has tomado la amarga medicina por nosotros, niños débiles y enfermos. Con la muerte nos das la vida y con la amargura nos das la dulzura. Tú nos tienes al pecho como nodriza, nos has dado la leche de la gracia divina y por tu medio has alejado la amargura para que así recibamos la salud. Veis, de este modo, que El está enfermo por nosotros.

Digo que es caballero, llegado al campo de batalla. Ha combatido y vencido a los demonios. San Agustín dice: «Con la mano sin armas, este nuestro caballero ha derrotado a nuestros enemigos, saliendo a caballo sobre el madero de la cruz». La corona de espinas fue el yelmo; la carne flagelada, la coraza; la mano clavada y los guantes, el escudo; la lanza metida por el costado fue el cuchillo que cortó y seccionó la muerte del hombre; los pies clavados son las espuelas. ¡Ved qué dulcemente armado está nuestro caballero! Con razón debemos seguirle y hacernos fuertes en cualquier adversidad y tribulación.

Por eso dije que la sangre de Cristo nos pone de manifiesto nuestros pecados y nos presenta el remedio y la abundancia de la misericordia divina que hemos recibido por la sangre. Bañaos en ella, pues de lo contrario no podremos participar de su gracia, ni conseguir el fin para el que hemos sido creados, ni sufrireis con paciencia vuestras tribulaciones. Con la memoria de la sangre toda amargura se hace dulce y todo peso se hace ligero.

No digo más por el poco tiempo que tengo. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Acordaos de que teneis que morir y no sabeis cuando. Preparaos para la confesión y la comunión, el que pueda, para que seais resucitados con Jesucristo para la gracia. Jesús dulce. Jesús amor.

SOBRE EL AMOR DIVINO Y LA PERFECCION CRISTIANA

A la Señora Montagna de Narni.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima y dilectísima madre en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros ardiendo y consumiéndoos en la divina caridad. Esta no busca lo suyo, es decir, no se busca a sí por sí misma, ni al prójimo por sí misma, ni a Dios por sí misma, sino a sí y al prójimo por Dios y a Este por El mismo, en cuanto digno de ser amado, como a suma y eterna Bondad. Es un fuego que arde y no consume, es decir, no aflige ni reseca al alma sino que la hace más tierna y, al ungirla con la verdadera y perfecta humildad, la cual es ama y nodriza de la caridad, destruye todo amor propio espiritual o temporal y a cualquier cosa que se hallare fuera de la dulce voluntad de Dios.

Digo que consume el amor propio temporal, y conoce que él y las cosas temporales son instrumentos de muerte, que dan muerte al alma que desordenadamente las posee. Por ello comienza a arrojarlas y aborrecerlas de su corazón y de su mente. Como el alma no puede vivir sin amor, pronto comienza a dirigir su afecto y amor a la riqueza de la virtud. Así, este fuego del amor, por la fuerza de su calor, destruye cualquier otro amor. Aunque el alma lo haya consumido en sí, no es aún perfecta hasta que no consigue su perfección. Permanece aún en ella el amor propio espiritual, ya a las criaturas, ya al Creador, aunque no se da el uno sin el otro, porque, con la perfección con que amemos a Dios, con la misma amaremos a las criaturas racionales. ¿Cómo se advierte que persiste en el alma este amor propio espiritual? En que la persona ama al propio consuelo en sí mismo y en que por él deja-

rá de trabajar para la salvación del prójimo; en que ve disminuir la paz y quietud del espíritu y en otros ejercicios que quiere hacer para consuelo propio. También en que alguna vez ama a la criatura con amor espiritual y a ella le parece que esa criatura no corresponde a su amor, o que tiene trato más íntimo y muestra más amor a otra persona que a ella y por ello recibe grandísima pena, desgana, desagrado y muchas veces critica mentalmente ese alejamiento bajo pretexto de humildad y de tener mayor paz. Es este el amor propio (espiritual) que tiene en sí y éstas las señales que aparecen en la criatura de que el amor propio espiritual no está aún aniquilado en el alma por consideración al Creador.

Cuando el espíritu recibe alguna oscuridad, combates, privación de consuelos acostumbrados, si por eso cae ella en el hastío y turbación de espíritu, y por eso abandona el ejercicio de la oración, es signo de que existe amor propio espiritual. (No debe dejar la oración sino acudir a ella por todos los medios y no descuidarla. Si la deja de modo notable, sin ella cualquier acto virtuoso que haga es mercenario, o sea, que ama el propio consuelo y que el amor propio al deleite espiritual se halla arraigado en su alma). Digo que el fuego de la caridad divina destruye al amor propio, quita la imperfección y hace al alma perfecta en el amor a Dios y al prójimo. Entonces no se preocupa de perder los consuelos por el amor a Dios y por la salvación de las almas; no rehusa, sino que se deleita hallándose a la mesa del atormentado deseo acompañando al humilde e inmaculado Cordero. Llora con los que lloran y se pone enferma con los enfermos, ya que juzga suyos los pecados de los demás. Goza con los que gozan, extendiendo su corazón al amor al prójimo. Por otra parte, se halla casi más contenta con el bien, paz y consuelo de los demás que con los propios. Lo que ella ama, quisiera que todos lo amasen. No se extraña porque vea que se ama más a otro que a ella sino que está contenta, en verdadera humildad, por considerar que ella es pecadora y las demás virtuosas. Por eso le parece lógico y conveniente que

aquel en quien se encuentra más virtud sea más amado que ella. Esta caridad une al alma con Dios ahogando la voluntad propia, la viste y la funde con la eterna voluntad. Por nada se puede extrañar ni sufrir esa alma a no ser de las ofensas a su Creador y de la condenación de las almas.

Este es el fuego que todo lo convierte en fuego y hace elevarse al alma sobre sí misma, consiguiendo tal unión por la elevación de la mente a la divina caridad, que el vaso de su cuerpo pierde toda sensibilidad, de modo que, viendo, no percibe; oyendo, no oye; hablando, no habla; andando, no camina; y palpando no toca. Todos los sentidos del cuerpo parecen atados, y que han perdido la fuerza, porque el afecto se ha perdido a sí mismo y se ha unido a Dios. Con su fuerza y caridad ha arrastrado Dios hacia Sí aquel afecto y por ello fallan los sentidos del cuerpo, ya que la unión que el alma ha hecho con Dios es más perfecta que la del alma y el cuerpo. El arrastra hacia Sí todas sus operaciones: la memoria se ha llenado del recuerdo de los beneficios de Dios y de su gran bondad; el entendimiento ha colocado en ella las enseñanzas de Cristo crucificado, dadas a nosotros por amor y por eso la voluntad se apresura con grandísimo afecto a amarlas. Entonces todas las operaciones están ordenadas y unidas a su nombre: gusta de la dulzura divina y se embriaga con la sangre de Cristo y, como ebria, no quiere saciarse sino de oprobios, abraza los escarnios, insultos y villanías, el frío y el calor, el hambre y la sed, las persecuciones de los hombres y las molestias de los demonios. En todo se gloría con el bienaventurado san Pablo en Cristo, el dulce Jesús.

Dije que la caridad no se buscaba a sí misma. No elige lugar ni tiempo según su voluntad sino (lo acepta) según le es concedido por la divina Bondad. Por eso todo lugar es lugar y todo tiempo es tiempo. Tanto pesa en ella una tribulación como un consuelo, porque ella busca con afecto conseguir el aumento en las verdaderas y reales virtudes para el honor de Dios y la salvación de las al-

mas. Quien así obra, ha puesto en ello su fin y no en los propios consuelos espirituales, ni en las revelaciones, ni en dar muerte al cuerpo sino a la propia voluntad, por haber visto en la luz que en los consuelos no se funda la perfección del alma sino, con toda seguridad, en dar muerte a la voluntad propia espiritual y temporal. Por eso las arroja de buen grado al horno de la caridad divina, y, estando allí dentro, de necesidad arde y es consumida.

Todo lo que hemos considerado son naderías en comparación con lo que da la dulce madre, la caridad. Veamos en qué lugar se adquiere y el modo de conseguirla. Os lo digo en pocas palabras: se adquiere con la luz de la santísima fe, la cual es la pupila del ojo del entendimiento. Con esta luz ve el alma lo que debe amar y lo que debe aborrecer. Al verlo y conocerlo, ama o aborrece. Ama, digo, lo que ha conocido de la Bondad divina y aborrece lo que ha visto de su propia maldad y miseria. Ve que la bondad es necesaria para la salvación. ¿Cuál fue la causa? La luz que procede del conocimiento y de él pasa al amor, porque lo que no se conoce no se puede amar. Por tanto, la luz nos conduce a este fuego y ambos quedan unidos, pues no hay fuego sin luz, ni luz sin fuego. ¿Dónde la encontramos? En la casa del conocimiento de nosotros mismos. En nosotros mismos descubriremos este dulce y amoroso fuego, pues por amor nos ha dado Dios el que seamos su imagen y semejanza y por amor hemos sido creados de nuevo por la gracia a causa de la sangre de Cristo crucificado.

El amor le tiene traspasado y clavado en la cruz. Nosotros somos los receptáculos que han recibido la abundancia de la sangre. Todas las gracias espirituales y corporales que se nos han dado además del ser, las hemos alcanzado por amor. Así descubre y reconoce el alma este dulce fuego dentro de sí. Con la luz, pues, vamos a la casa del conocimiento de nosotros mismos. En ella nos alimentaremos de la divina caridad, viendo que somos amados por Dios tanto que no lo podremos apreciar. La caridad alimenta a sus pechos a los hijos de la virtud y hace

que el alma viva en gracia. Sin ella seremos estériles y privados de vida.

Considerando esto, dije que deseaba (y lo deseo juntamente con vos) veros arder y consumiros en el horno de la divina caridad. Ruego a la clemencia del Espíritu Santo que nos conceda esta gracia, para que la Bondad divina sea glorificada en nosotros, consumida nuestra vida en el dolor y amargura por las ofensas que todos le hemos hecho, con continua oración por la santa Iglesia y por todas las criaturas racionales. Sumerjámonos en la sangre del Cordero. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Humildemente me encomiendo a vos. Jesús dulce, Jesús amor.

SOBRE LA CONTRICION PREVIA A LA COMUNION

A Micer Ristoro Canigiani.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros privado de todo amor a vos mismo para que no perdais la luz y el conocimiento para ver el amor que Dios os tiene. Porque la luz hace que lo conozcamos y el amor (a uno mismo) lo que nos priva de ella, por eso tengo grandísimo deseo de ver extinguido en vos tal amor. ¡Qué peligroso es para nuestra salvación este amor propio! Despoja al alma de la gracia porque le quita la caridad para con Dios y con el prójimo, esa que nos hace vivir en gracia. Arrebata la luz a nuestra alma, como dijimos, porque ofusca la mirada del entendimiento. Quitada la luz, andamos en tinieblas y no conocemos lo que nos es de necesidad.

¿Qué necesitamos conocer? La gran bondad de Dios, su inefable caridad con nosotros y la perversa inclinación que lucha siempre contra el espíritu, así como nuestra miseria. Por medio de este conocimiento empieza el alma a pagar su deuda a Dios, a saber, la gloria y alabanza a su nombre, amándole sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, con hambre y deseo de virtud. Igualmente se da el odio de descontento, odiando al vicio y a los sentidos, que son la causa de todo vicio. Como queda dicho, el alma adquiere en el conocimiento toda virtud y gracia, si permanece dentro de la luz. ¿Dónde encontrará ella la riqueza de la contrición por sus culpas y la abundancia de la misericordia divina? En esta casa del conocimiento de sí.

Veamos, por tanto, si nosotros la descubrimos o no. Hablemos algo de esto, porque, según me escribísteis con verdadero deseo de contrición de vuestros pecados, no pudiéndola tener, dejábais por ello la santa comunión. Vemos también si se debe dejar por esta razón.

Sabeis que Dios es sumamente bueno y nos amó antes de que existiéramos. Es la eterna sabiduría y su poder es infinito, por lo cual estamos seguros de que puede, sabe y quiere darnos lo que necesitamos. Como prueba, consideremos que nos da más de lo que nosotros sabemos pedir y lo que no hemos pedido. ¿Hemos pedido nosotros alguna vez nos crease como racionales, a imagen y semejanza suya, y no como animales? No. ¿O que nos volviese a crear por la gracia en virtud de la sangre del Verbo, su Hijo unigénito, ni que nos dejase como comida a todo-Dios y todo-hombre, la carne y la sangre, el cuerpo y el alma unidas en la divinidad? Además estos grandísimos dones, tan grandes y ardientes en amor, nos muestran que no hay corazón tan duro que, bien pensado, no disuelva su dureza y frialdad. Son infinitas las gracias y dones que recibimos de él sin pedirlo nosotros.

Por tanto, ya que El nos da sin pedir, ¿cómo no cumplirá nuestros deseos cuando sean cosa justa? Es más, ¿quién nos hace desear y pedir? Sólo El. Por tanto, si hace

que pidamos, señal es de que quiere concederlo y darlo.

Me direis, sin embargo: «Yo confieso que El es lo que dices; pero ¿de dónde viene que, muchas veces, pidiendo la contrición y otras cosas, me parece que no se me conceden?». Respondo: Puede ser defecto del que pide, haciéndolo imprudentemente, sólo de palabra, o con otra intención. De esos dijo nuestro Salvador que claman *Señor, Señor* pensando que serán reconocidos por El. No es que no los conozca sino que, a causa de sus pecados, no serán reconocidos por su misericordia. O es que pide algo que, si lo tuviera, le sería nocivo para la salvación; porque pide creyendo que será para su bien y, si lo tuviera, sería para su mal, por lo cual, no obteniendo lo que pide, ya lo recibe. El no obtenerlo ya le causa el bien y así satisface Dios la intención con que pedía. De modo que por parte de Dios siempre recibimos. Pensemos, sin embargo, que Dios conoce lo oculto y lo manifiesto, así como nuestra imperfección. Ve que, si inmediatamente concediera la gracia tal como la pedimos, nos convertiríamos en el animal inmundo (la mosca) que abandona la miel, que es dulcísima, y no tiene reparo en posarse después sobre lo fétido. Dios ve que obramos de ese modo: que, recibiendo gracias y beneficios suyos, por participar de la dulzura de su caridad, no tenemos reparo en posarnos sobre las miserias, volviendo al vómito de la perdición del mundo. Algunas veces Dios no nos lo da tan pronto como quisiéramos para hacer que crezca en nosotros el hambre y el deseo, porque se deleita, es decir, le agrada ver ante Sí el hambre de la criatura. Alguna vez, en realidad, concederá la gracia, pero no de modo sensible. Usa este modo con providencia porque conoce que, si se diera cuenta de que lo tenía, o disminuiría el vínculo del deseo o llegaría a la presunción.

Por ello nos priva de que lo sintamos, pero no de la gracia. Hay otros que reciben y perciben, según place a la dulce Bondad que, como Médico nuestro, da a cada uno según lo necesite nuestra enfermedad. Ved, pues, que, en todo caso, queda siempre satisfecho el afecto con que la